

LA VIRGEN MADRE



Ya no está allí en un establo humilde de Belén, extática, arrobada, con la maternal sonrisa en los labios y los ojos clavados en aquel Niño, á quien angélicas armonías saludan desde la gloria, y pastoriles rabeles y zampoñas anuncian en la tierra.

Ni tampoco en Nazareth de hinojos ante los resplandores de Gabriel, en cuya luz celestial se anega cuando humilde, turbada, ante el ángel vestido de blanco y con las alas caídas como pájaro que corta el vuelo, escucha de sus labios, sobrecogida y medrosa, la Encarnación del Hijo de Dios, en aquellas dulcísimas palabras:

«Dios te salve, llena eres de gracia: el Señor es contigo: Bendita tú entre las mujeres»; ni la busquemos en Caná de Galilea, contemplando en las tantas veces evocadas bodas, el primer milagro de Jesús el divino.

No, mirémosla en la Jerusalem de las lamentaciones jeremiáticas; en la Jerusalem, triste como su destino; en la Jerusalem, llorada por Cristo al predicar su ruina. Y no en el día del entusiasmo, del regocijo, del amoroso frenesi de un pueblo cuando Jesús es recibido entre aclamaciones de júbilo y vítores no interrumpidos; cuando á las voces de ¡Hosanna, al hijo de David! cruza, montado en un pollino, aquellas calles cubiertas de laurel, bajo arcos de cimbradoras palmas, entre bosques de ramos con que las gentes recibían al rey de Israel, sobre ropas y vestidos que los niños echaban al paso del que venía para la salvación del pueblo. No, contemplémosla, en las arideces del riscoso Calvario, entre aquella fatídica claridad que se extinguía sin morir el sol, tras las murallas que el oscuro Cedrón baña, como horrorizada del espectáculo que no quiere alumbrar; ante el amortiguado titileo de las estrellas, que brillan como antorchas funerales, no como mun-

dos de luz y de armonía; en medio del terrorífico pavor que produce el rasgarse del velo del templo, el temblar de la tierra, el hendirse las piedras, y el resucitar de muchos cuerpos que al abrirse los sepulcros renacen con la muerte del Justo, á la vida de la Santa ciudad en la que «de tanta mole, no había de quedar piedra sobre piedra». Miremos á María, en toda su pulquérrima grandeza, al pié de la Cruz, donde agoniza su hijo, inerte y ensangrentado, pendiente de afrentoso madero; mirémosla, en las más amargas horas de dolor de una madre, en la más negra é ingrata Soledad en que puede quedar un corazón que ama, cuando ve muerto al objeto amado.

Ni hay entre todas las religiones otra que cual el cristianismo concuerde tan de modo admirable lo ideal con lo real, lo divino con lo humano, ni figura más grande entre las más grandes, que María, la María de los Dolores, la de la Soledad, la Dolorosa. Ella sola, es un poema tan extraordinario, tan magnífico, tan sublimemente hermoso, que ni estrofas hay para encerrarlo, ni lira, por dulce, por melancólica, por elegíaca que sea, tiene en sus cuerdas, calladas, como el amor casto en el corazón de la virgen, notas para cantarlo.

Y es que en el cristianismo encuentra el hombre alivio á sus penas; consuelo á sus contrariedades; lenitivo á su íntimo pesar; bálsamo á sus más acerbos dolores; y en la Virgen Santa, pero en la Virgen más Santa por ser Madre, ve la humanidad el dolor real, el dolor que siente, el dolor que se identifica con ella, el dolor que comprende porque es ingénito á nuestra misera naturaleza.

Por eso, y sobre todo, la mujer, ha idealizado en la Dolorosa todas sus amarguras de esta vida, y por eso, la Virgen al pie de la Cruz, será siempre la más grande representación del dolor de la madre que, llena de angustias, yéndosele con parte de su alma, parte de su vida, ve á su hijo que llevó en las amorosas entrañas, cómo muere en medio de los más atroces sufrimientos, los más desgarradores martirios.

Y tan cierto es esto, que en la tragedia que en los días que pasan la Iglesia trae á las mientes, más que la figura radiante, excelsa, purísima, de Jesús triunfante en Jerusalem, entristecido en el Olivete, abofeteado en casa de Anás, cruelmente azotado en el Pretorio, con la corona de espinas y el risible manto de purpura, con la caña por cetro, y la sangre corriéndole por las mejillas, más que el Nazareno en la calle de la Amargura, cayendo con la Cruz á cuestras, escarnecido por los sayones y maltratado por la muchedumbre, desnudo en el Gólgota

y sobre el leño Santo crucificado, nos inspira compasión y lástima, tortura nuestro pecho, aquella pobre mujer que le sigue en el Calvario, llorosa, desolada, llena de aflicción, que va tras de su hijo con el alma saliéndosele por los enrojecidos ojos, y con la espada del más incomprensible dolor taladrándole lo más íntimo de su ser.

Yo me acuerdo, que en esas horas del Viernes Santo, en que hasta el sol, el sol alegre de la primavera, por visiones de nuestra imaginación se entenebrece y amortigua, aunque brille más puro que nunca y más esplendente que cuando está en el zenit en la abrasada canícula, al ver en la procesión del Santo Entierro la Imagen de la Dolorosa, melancólica, solitaria, envuelta en sus tocas de luto; como un cadáver, por lo amarilla, su cara; regada por las lágrimas donde los haces de luz jugaban al morir allí tras la sierra cercana al pueblo, y las manos, más amarillas que el rostro, tendidas hacia el Sepulcro de su Hijo, que iba delante, entre el sonar de las cajas destempladas y los acentos fúnebres y tristes del bombardino acompañando las endechas elegíacas del *Miserere*, sentí el llanto agolparse á mis ojos de niño, como no se asomó cuando pasaba el Cristo yacente. Y es que en mi inocencia, dando á lo fingido formas reales, y representándome á lo vivo, plásticamente, la escena horrible de la pasión del Salvador, se me figuraba poder morir para siempre, y dejar á la madre el compendio de todos los amores y los mayores cariños, sola como la Virgen y como ella llorosa, entristecida, destrozada por la más amarga pena que devora el corazón maternal.

Si, no hay amargura, ni comparable siquiera, con la de la Virgen al pié de la Cruz; es la más sentida, la más negra, la más horrible. Esa misma Virgen en su Misterio de la Concepción, no evoca, no, las simpatías que inspira llorando por su Unigénito muerto.

La fiesta de la Concepción de María, sin flores y sin el calor, que es la vida, es sin embargo alegre.

En la Concepción de María, que por contraste celebramos en Diciembre, cuando la nieve blanquea las cimas de los montes, y todo duerme con el frío letargo del invierno, nos representamos á la Virgen, risueña como el alba de Mayo, más pura que el aliento de los ángeles, flotando con sus túnicas, blancas como las azucenas que son el símbolo de su pureza, y azules como las nubes de los cielos en que se eleva á lo alto, rodeada de arcángeles que cantan sus virtudes, ceñida por las estrellas que alumbran su trono; nos la representamos inmacu-

lada, como la virgen de los ensueños de la doncella pudorosa; como aquella que se destaca en nuestra mente, cuando al melancólico anochecer, al oír sonar la campana de la pobre aldea, nos descubrimos á sus tristes acentos con las palabras del ángel:

«¡Dios te salve María!...»

¡Y qué triste, en cambio, la fiesta de los dolores de María! ¡Cuánta luz hay en el ambiente, qué de flores, que vierte la primavera, en los campos; y qué tristeza nos inspira, al revés de la Concepción, al pensar en los amargores de María! Y es que en el «Santa María, Madre de Dios...» vemos concretados todos los pesares y todas las aflicciones que las madres por sus hijos sufren, porque entre todas las mudanzas y contrariedades de la vida, entre sus alegrías y bienandanzas, lo que queda, lo que permanece, lo que más afecta á nuestra limitadísima naturaleza, serán siempre el dolor y la muerte.

Esa muerte y ese dolor, están representados al pié de la cruz por la Virgen Madre, que llevó en sus entrañas al Hijo Divino, que lo tuvo en su regazo, que lo alimentó en su seno, que se afligió con sus pesares, y se alegró con sus dichas, que lo buscó entre los Doctores, y aun escuchó sus dulces reconvenções, en el milagroso Caná, que le acompañó en la horrible calle de la Amargura, y lo vió morir, acompañándole en su muerte con su espantosa soledad. Por eso la Virgen de los Dolores será siempre la virgen de las madres, la virgen de los hijos, que ven en ella algo que por ser muy real se identifica con nosotros y algo hondísimo que sufrió á los piés de Cristo, en el afrentoso Calvario. Allí idealiza nuestras agonías, y nos hace entrever con la inmortalidad de su Hijo amante, la esperanza de nuestra eterna inmortalidad.

HERMINIO MADINABEITIA.

